

X

(Cómo a veces permite la Divina Providencia que la herejía brote del seno mismo de la Iglesia)

Pero preguntará alguno: ¿por qué, pues, permite Dios con tanta frecuencia que personas eminentes y constituidas en autoridad en la iglesia, anuncien doctrinas nuevas a los católicos? ¹. Pregunta acertada y digna de ser estudiada con especial diligencia y detenimiento; a la cual vamos a satisfacer, no con nuestro propio ingenio, sino con la autoridad de la ley divina y con las enseñanzas del magisterio eclesiástico ². 2. Oigamos a este propósito al santo Moisés, y díganos él por qué a veces se permite que doctos varones, llamados también profetas por el apóstol, en atención a su ciencia, propalen nuevos dogmas que el Antiguo Testamento acostumbró a llamar con lenguaje alegórico dioses extraños, ya que los herejes tributan a sus propias opiniones el mismo culto que los gentiles a sus dioses. 3. Escribe, pues, el bienaventurado Moisés en el “Deuteronomio”: *Si se levantare en medio de ti un profeta o que dijere haber visto un sueño*, es a saber: un maestro constituido en dignidad en la iglesia, y cuyas enseñanzas a los ojos de sus discípulos y oyentes parezcan brotar de una revelación. 4. Y ¿cómo continúa?: *Y predijere una señal y un prodigo, y acaeciere como lo dijo* –aquí, sin duda, se señala a un gran maestro y de tan esclarecido saber, que a sus propios secuaces parezca no sólo conocer las cosas humanas, sino aún presentir las ultraterrenas, cuales fueron, si creemos al testimonio jactancioso de sus discípulos, Valentino, Donato, Fotino, Apolinario, y otros de la misma laya–.

5. Y ¿qué añade?: *Y te dijere: vayamos en pos de dioses extraños que no conoces y sirvámosles* –¿qué cosa son estos *dioses extraños*, sino los errores extraños?; *que no conocías*, esto es, nuevo e inauditos, y *sirvámosles*, es decir, creámosles y sigámosles–. 6. Y ¿cómo acaba?: *No darás oídos a las palabras de aquel profeta o soñador*. ¿Y por qué, pregunto, no prohíbe Dios enseñar lo que prohíbe oír? *Porque os prueba el Señor, vuestro Dios, para que se vea si le amáis o no de todo corazón y con toda vuestra alma*³.

7. Está, pues, más claro que la luz del día por qué a veces tolera la divina providencia que ciertos maestros eclesiásticos prediquen nuevos dogmas: *por probaros el Señor vuestro Dios*. 8. Y, en efecto, gran tentación es que aquél a quien tú tienes por profeta, por discípulo de los profetas, por doctor y sostenedor de la verdad, y a quien te has adherido con suma veneración y amor, de pronto comience a introducir furtivamente errores perniciosos que no puedes descubrir rápidamente, ofuscado con el prejuicio de la enseñanza anterior, ni te atreves a condenar resueltamente, ligado con el afecto a tu antiguo maestro.

NOTAS

1. La preocupación que muestra el autor del *Commonitorio* en este y otros pasajes del libro por las enseñanzas perniciosas, según él, de un gran Doctor eclesiástico, que no nombra, y cuyo prestigio es una gran tentación para el pueblo, es uno de los indicios del fin antiagustiniano de la obra. Cf. CTL, p. 59-89.

2. “Sed dicet aliquis: Cur ergo persaepe divinitus sinuntur excellentes quaedam personae in ecclesia constitutae res novas catholicis adnunciare? Recta interrogatio et digna, quae diligentius atque uberiori pertractetur; cui tamen non ingenio proprio, sed divinae legis auctoritate, ecclesiastici magisterii documento satisfaciendum est.”

3. *Deut.*, 13, 1-3.

XI

(Confírmase lo dicho con los ejemplos de Nestorio, Fotino y Apolinar)

Tal vez aquí desee alguno ver confirmado con algunos ejemplos de la historia eclesiástica cuanto con la autoridad de Moisés venimos afirmando. Justa demanda, y que no pide dilación. 2. Y, para comenzar por los más recientes y notorios, ¿qué tentación no fue, si bien lo pensamos, el caso recentísimo de aquel Nestorio¹, repentinamente trocado de oveja en lobo, cuando comenzó a desgarrar la grey de Cristo², mientras que los mismos que por él eran devorados le tenían, en gran parte, todavía por oveja, y con esto se ponían más y más al alcance de sus dentelladas? 3. Porque, ¿quién iba a pensar que errara en la fe un hombre elegido por tan elevado sufragio de la Corte³, honrado con tal amistad por los sacerdotes, y que, celebrado con sumo amor por los fieles, y con extraordinaria popularidad⁴, cada día explanaba en público las sagradas escrituras y rebatía los perniciosos errores de judíos y gentiles? 4. ¿Cómo no habría de persuadir a todos que enseñaba rectamente, que predicaba rectamente y que rectamente sentía, quien para abrir las puertas a una herejía, la suya, tronaba contra las blasfemias de todas las demás?⁵. Pero era lo que dice Moisés: *Os prueba el Señor vuestro Dios, para ver si le amáis o no*⁶. Y dejando a Nestorio, en quien se vio siempre más admiración que utilidad, más fama que experiencia⁷, y a quien por algún tiempo encumbró en la opinión del vulgo más el favor humano que el divino, recordemos más bien aquéllos que, dotados de grandes méritos y de excelente ingenio, fueron para los católicos una no pequeña tentación. 6. Así, Fotino en la Panonia⁸, según la tradición de los antepasados,

fue una tentación para la Iglesia de Sirmio, ya que, elevado al sacerdocio con general aplauso de todos, y habiéndola administrado como católico durante algún tiempo, de pronto, como aquel mal *profeta o soñador* que describe Moisés, comenzó a persuadir a la grey a él recomendada a que fuera en pos de *dioses extraños*, es decir, de errores extraños que antes ignoraba. 7. Pero, al fin, el hecho, en sí, era ordinario; lo pernicioso fue el haber hecho servir a tan grandes crímenes instrumentos nada medianos. Porque era bien dotado de ingenio, sobresaliente en caudal de erudición, de elocuencia arrebatadora⁹, como quien podía disertar copiosa y gravemente, de palabra y por escrito, en ambas lenguas, según atestiguan los monumentos de los libros que compuso, parte en griego, parte en latín¹⁰.

8. Y menos mal que las ovejas de Cristo a él encomendadas, sólidas y cautas en sumo grado por lo que toca a la fe católica, atendieron muy pronto a las admonestaciones de Moisés, y, aunque admirando la elocuencia de su profeta y pastor, no desconocieron, con todo, la tentación que se les presentaba. Y a quien antes seguían como al guión del rebaño, más tarde comenzaron a aborrecerlo como a un lobo.

9. Y no es solamente el ejemplo de Fotino, sino también el de Apolinar¹¹, el que nos enseña el peligro de esta tentación en la iglesia, y a la vez nos amonesta a velar más diligentemente por la observancia de la fe. También éste acarreó a sus oyentes grandes inquietudes y grandes angustias, atraídos, por una parte, por la autoridad de la iglesia, arrastrados, por otra, de la familiaridad de su maestro, incapaces de resolver por sí mismos, en tal ansiedad e incertidumbre, qué camino habrían de seguir. 10. Pero ¿es que era de tal condición este hombre que fácilmente inspiraba desprecio? Antes fue tan eminente y acreditado que se daba fe a su palabra con harto excesiva celeridad. Porque ¿quién le aventajó en penetración, en actividad, en doctrina? 11. Cuántas herejías ahogó con sus numerosos volúmenes, cuántos errores contrarios a la fe refutó, lo atestigua su inmensa y esclarecida obra, no menor de treinta libros, en que confunde las desatinadas calumnias de Porfirio¹² con una ingente mole de argumentos. 12. Interminable tarea sería recordar todas sus obras, por las cuales pudiera, en verdad, hambrearse con los más sólidos sostenes de la Iglesia, si la pasión impía de una curiosidad herética no le hubiera arrastrado a inventar no sé qué novedades que, como lepra, mancharon con su podre todas sus antiguas obras, y dieron por resultado el que su doctrina fuera, más que una edificación, una tentación para la iglesia.

NOTAS

1. Sobre Nestorio, véase Sócrates, HE, VII, 29. El reciente centenario del concilio de Efeso ha puesto de nuevo en primer plano la figura de este heresiárca. Una parte de la moderna bibliografía viene en Rauschen Altaner, *Patrologie*, ed. 10-11, p. 262.
2. "Gregem Christi lacerare", es frase de San Cipriano: "Ut si quis ex collegio nostro haeresim facere et gregem lacerare et vastare temptaverit", *Epist. LXVIII*, 3, ed. G. Hartel, en CSEL, 3, 746.
3. Fué elegido por Teodosio II.
4. De su popularidad da también testimonio Sócrates, I. c.
5. Alude al dicho de Nestorio que refiere Sócrates, I. c. Luego de ser elegido, dirigiéndose al Emperador, exclamó, arrogantemente: "Dame tú, oh rey, la tierra limpia de herejes, y yo te daré a mi vez el cielo en recompensa: ayúdame a exterminar a los herejes, y yo te ayudaré a exterminar a los persas." MG, 67, 804, B. Ya en los primeros días maquinó la destrucción de la iglesia de los arrianos.
6. *Deut.*, 13, 3.
7. Su ignorancia era manifiesta, a juicio de Sócrates: $\alpha\gamma\nuooouta\ e\phi\pi\iota\sigma\chi\omega\ t\ov{a}\nu o\varphi\alpha$. HE, VII, 32, MG, 67, 809 B.
8. Sobre Fotino véase Sozomeno, HE, IV, 6. MG, 67, 1.120-1.124, y San Jerónimo, *De viris illustribus*, 107; ed. E. C. Richardson en TU, 14 (1896), 49.
9. Cfr. Sozomeno, I. c.
10. Lo confirma Sócrates, HE II, 30, MG, 67, 292 A.
11. Sobre Apollinar, véase Sócrates, HE II, 46, III, 16 MG, 67, 361-364; 417-424 San Jerónimo, *De viris illustribus*, ed. Richardson, en TU, 14 (1896), 49; acerca de su doctrina, G. Voisin, *L'Apollinarisme*, Lovaina, 1901, y Lietzmann, *Apollinaris von Laodicea seine Schule*, Tubinga, 1904.
12. Véase sobre él, M. Croiset, *Histoire de la Littérature grecque*, t. V, París, 1928, p. 832-842; A. Harnack, *Geschichte der altchristlichen Litteratur*, II, 873-874.

XII

(Expónense las herejías de Fotino, Apolinar y Nestorio)

Tal vez al llegar a este punto se me pida una exposición de las herejías de estos que acabo de mencionar, es a saber, de Nestorio, de Apolinar y de Fotino. Lo cual, a la verdad, no entra en el plan que vamos desarrollando¹. 2. Pues no es nuestro propósito refutar los errores de cada uno, sino hacer ver con toda claridad y evidencia, según el ejemplo de unos pocos, cuánta verdad sea aquél dicho de Moisés, esto es, que si alguna vez algún doctor eclesiástico, y aun profeta en interpretar los misterios de los profetas, pretende introducir alguna novedad en la Iglesia de Dios, la divina providencia es la que lo permite para probarnos². 3. No carecerá, pues, de utilidad exponer brevemente, y por vía de digresión, qué sentían los herejes arriba indicados, a saber, Fotino, Apolinar, Nestorio³.

4. He aquí, según esto, la doctrina de Fotino. Afirma ser Dios único y solitario, y que hay que concebirlo a la manera judaica. Niega la plenitud de la Trinidad, ni cree exista persona alguna del Verbo o del Espíritu Santo. 5. En cuanto a Cristo, sostiene que es un puro hombre nada más, que tiene a María por origen; y dogmatiza en todos los tonos que solamente debemos reconocer la persona del Padre, y a Cristo como puro hombre⁴. Este es el sentir de Fotino. 6. Apolinar⁵ se jacta de estar de acuerdo con los católicos acerca de la unidad de la trinidad —y esto no con entera ortodoxia—, pero en cuanto a la encarnación del Señor blasfema abiertamente. Ya que afirma que en la carne de nuestro Salvador o faltó del todo el alma humana, o, si la hubo, fue tal que carecía de mente y de razón. 7. De la carne misma del Señor dice que no fue tomada de la carne de la santa virgen María,

sino bajada del cielo a la virgen⁶; y, fluctuante e indeciso siempre, unas veces la propone como coeterna al Verbo mismo, otras formada de la divinidad del Verbo. 8. Porque no admite en Cristo dos substancias⁷, una divina y otra humana, la una procedente del Padre y la otra de la madre, sino que juzgaba haberse dividido la misma naturaleza del Verbo, y que una de las partes permanecía en Dios y la otra se convertía en carne. De suerte que como diga la verdad que de dos substancias se formó un solo Cristo, él, contrario a la verdad, asevera que de una sola divinidad de Cristo se hicieron dos substancias. Esta es la mente de Apolinario⁸.

9. Nestorio, a su vez⁹, con achaque opuesto a Apolinario, simulando distinguir dos substancias en Cristo, introduce de repente dos personas, y con crimen inaudito se empeña en que son dos los hijos de Dios, dos los Cristos, uno Dios y otro hombre, uno engendrado del Padre y otro de la madre¹⁰. 10. Y, por lo mismo, pretende que no ha de llamarse a Santa María θεοτόχος, sino Χριστοτόχος puesto que de ella no nació aquel Cristo que es Dios, sino aquél que era hombre. 11. Y si alguno juzga que en sus escritos habla de un Cristo y predica una persona de Cristo, no lo crea de ligero¹¹. Porque o ha urdido todo esto, con el intento de engañar —para persuadir el mal con la apariencia de bien, como dice el Apóstol: *Por lo bueno me causó la muerte* (Rom., 7, 13)—. 12. o, como dijimos, por fraude en ciertos parajes de sus escritos, se jacta de defender un Cristo y una persona de Cristo, o por lo menos ya después del parto de la Virgen, de tal manera propone que se unieron las dos personas en un solo Cristo, que, sin embargo, sostenga que en el tiempo de la concepción o del parto virginal, y algo más tarde, había dos Cristos. 13. De suerte que, habiendo nacido primero Cristo, puro hombre, hombre ordinario y no asociado todavía en unidad de persona al Verbo de Dios, más tarde habría descendido a él la persona que lo asumía, y por más que ahora en la gloria de Dios permanezca asumido, hubo, sin embargo, un momento en que ninguna diferencia parecía darse entre él y los demás hombres¹².

NOTAS

1. Su mismo autor reconoce que es ésta una digresión en la obra; se extiende hasta el fin del c. XVI: “Nunc ad propositum redeamus.”

2. “Propositum enim nobis est, non singulorum errores persequi, sed paucorum exempla proferre, quibus evidenter ac perspicue demonstretur illud, quod Moyses ait,

quia scilicet, si quando ecclesiasticus aliquis magister, et ipse interpretandis prophetarum mysteriis propheta, novi quiddam in ecclesia dei temptet inducere, ad temptationem nostram id fieri providentia divina patiatur."

3. Aun desde el punto de vista histórico, se tributa plena fe al Lirinense, en general, en estos términos.

4. Este fué anatemizado en el concilio de Antioquía, de 344. A Fotino φωτεινός = *hombre de la luz*, se le condena bajo el nombre de Scotinos σχοτεινός = *hombre de tinieblas*; cfr. Ch. J. Hefele, *Histoire des conciles*, trad. franc., t. I, segunda parte, París, 1907, p. 829.

5. Además de los autores citados más arriba, véase para la exposición de la doctrina de Apolinar, J. Tixeront, *Histoire des Dogmes*, II, 1924, 94-111.

6. Vicente de Lerins, lo mismo que otros (v. gr., San Gregorio niseno, *Antirrheticus*, 12, 13, 15, 18, 24-26), atribuye este error a Apolinar. En realidad, parece que enseñó que el Logos estaba destinado a la encarnación, y que por eso la Humanidad pertenecía a la naturaleza divina desde la eternidad. El dice claramente, por otra parte, que el Hijo de Dios es εγ γυναῖχος χάρα τσαρχα, *Ad Dionysium*, 7, en Lietzmann, p. 259. Cfr. J. Tixeront, *Histoire des Dogmes*, II, París, 1924, 101.

7. El Lirinense usa aquí el término de *sustancia* como sinónimo de *naturaleza*. Tertuliano fué quien introdujo prácticamente en Teología el término de *sustancia*, por οὐσία. Véase T. B. Strong, *History of the Theological Term "Substance"*, en *Journal of Theological Studies* 3 (1901), 38-39; J. F. Bethune-Baker, *Tertullians's Use of Substantia, Natura and Persona*, ib. 4 (1903), 440-442; A. D'Alès, *La Théologie de Tertullien*, París, 1905, 81-82.

8. Fué condenado por diversos concilios: en Roma, 377; en Alejandría, 378; finalmente, en el de Constantinopla, segundo de los ecuménicos, 381. Cf. Ch. J. Hefele, *Histoire des Conciles*, trad. franc., t. II, primera parte, París, 1908, p. 20.

9. Para la exposición de la doctrina de Nestorio, véase J. Tixeront, o. c., III, París, 1928, 22-60.

10. Lo mismo echa en cara a Nestorio, Casiano: "Si non idem Christus ex Maria est qui ex Deo natus, duos absque dubio Christos facis... si alium ex Maria Christum asseris, duos utique Christos esse blasphemas", de *Incarnatione Domini, contra Nestorium*, 1. VI, 14 y 15, ed. M. Petschenig, en CSEL, 17, 341-342.

11. Esta observación del Lirinense indica que la disputa sobre si Nestorio negaba o no la unidad física de persona en Cristo es muy antigua. Bibliografía sobre este punto en Rauschen-Altaner. *Patrologie*, ed. 10-11, Friburgo de Br., 1931, 262. París, 1924, 94-111.

12. Condenada ya por el Papa San Celestino, fué solemnemente anatematizada esta doctrina por el concilio de Efeso, tercero de los ecuménicos, en 431; cf. Ch. J. Hefele, *Histoire des Conciles*, t. II, primera parte, París, 1908, p. 287-375.

XIII

(Exposición distinta y detallada de la doctrina católica acerca de la Trinidad y de la persona de Cristo)

He aquí, pues, lo que aquellos perros rabiosos Nestorio, Apolinar, Fotio, ladran contra la fe católica: Fotino, no confesando la Trinidad; Apolinar, proponiendo una naturaleza del Verbo mudable, y no reconociendo dos substancias en Cristo, y, o negando a Cristo enteramente el alma, o por lo menos la mente y la razón de ella, poniendo en lugar de la mente el Verbo de Dios; Nestorio, aseverando que hubo dos Cristos siempre, o por lo menos durante algún tiempo. 2. La Iglesia católica, en cambio, que siente rectamente de Dios y de nuestro Salvador, no blasfema contra el misterio de la Trinidad ni contra la encarnación de Cristo¹.

3. Puesto que venera una sola divinidad en la plenitud de la Trinidad y la igualdad de la Trinidad en una idéntica majestad, y confiesa un solo Cristo Jesús, no dos, Dios y hombre al mismo tiempo. 4. Reconoce en él una sola persona, es verdad, pero dos substancias²; dos substancias, pero una sola persona. Dos substancias, porque no es mudable el Verbo de Dios para convertirse en carne; una persona, no sea que al reconocer dos hijos vengamos a adorar una cuaternidad³, y no Trinidad⁴.

5. Pero bien vale la pena de exponer esto mismo una y otra vez más distinta y detalladamente. En Dios hay una sola substancia y tres personas, y en Cristo dos substancias, pero una sola persona. En la Trinidad hay uno y otro, no una y otra cosa; en el Salvador, una y otra cosa, no uno y otro^{5.6}. ¿Cómo se explica que en la Trinidad haya uno

y otro, y no una y otra cosa? Porque una es la persona del Padre, otra la del Hijo, otra la del Espíritu Santo⁶; pero, sin embargo, la naturaleza del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo no es una y otra, sino una e idéntica naturaleza. 7. ¿Y cómo existe en el Salvador una y otra cosa, pero no uno y otro? Porque una es la substancia de la divinidad, y otra diversa la de la humanidad; pero, sin embargo, la divinidad y la humanidad no son uno y otro, sino uno y el mismo Cristo, uno y el mismo Hijo de Dios, y una sola e idéntica es la persona de este uno e idéntico Cristo e Hijo de Dios; como en el hombre una cosa es la carne y otra el alma, pero uno e idéntico es el hombre, alma y carne. 8. En Pedro o Pablo una cosa es el alma y otra la carne, y, sin embargo, no son dos Pedros, carne y alma, o un Pablo alma y otro carne, sino uno e idéntico Pedro, uno e idéntico Pablo, que subsisten el la doble y diversa naturaleza del alma y del cuerpo⁷.

9. De la misma manera, en el único e idéntico Cristo hay dos substancias, pero una divina y otra humana; una que procede de Dios Padre, otra de la Virgen Madre; una coeterna e igual al Padre, otra temporal y menor que el Padre; una consubstancial al Padre, otra consubstancial a la Madre, y, sin embargo, único e idéntico el Cristo en las dos substancias. 10. No es, pues, uno el Cristo Dios y otro el hombre; no uno increado y otro creado; no uno impasible y otro pasible; no uno igual al Padre y otro menor que el Padre; no uno procedente del Padre y otro de la Madre, sino uno y el mismo Cristo, Dios y hombre, el mismo no creado y creado, el mismo inmutable y pasible, el mismo igual e inferior al Padre⁸, el mismo engendrado del Padre antes de los siglos⁹ y el mismo concebido de la madre en el siglo: Dios perfecto y hombre perfecto¹⁰, divinidad suprema en cuanto Dios, humanidad plena en cuanto hombre. Humanidad plena, digo, porque posee alma y carne juntamente, y carne verdadera, nuestra carne¹¹, de madre, y alma dotada de entendimiento y con las facultades de mente y razón¹².

12. Por consiguiente, hay en Cristo Verbo, alma y carne; pero todo esto no es más que un Cristo, un hijo de Dios, nuestro único Salvador y Redentor. Y uno sólo, no por no sé qué corruptible fusión de la divinidad y humanidad, sino por la unidad de persona íntegra y singularísima¹³. 13. Pues no vaya a creerse que aquella unión transformó y mudó una cosa en otra, que es error propio de los arrianos¹⁴, sino que de tal suerte ajustó en uno ambas cosas, que permaneciendo siempre en Cristo la singularidad de una sola e idéntica persona,

permanezca también eternamente la propiedad de cada una de las naturalezas¹⁵, de suerte que ni comience jamás Dios a ser cuerpo, ni tampoco en tiempo alguno deje el cuerpo de ser cuerpo. 14. Lo cual también se demuestra con el ejemplo de la condición humana. Pues no sólo al presente, sino también en lo futuro, constará cada uno de los hombres de alma y cuerpo; pero jamás se convertirá el cuerpo en alma o el alma en cuerpo, sino que viviendo sin fin cada uno de los hombres, en cada uno de los hombres sin fin permanecerá necesariamente la diferencia de ambas substancias. 15. Así, también en Cristo hay que confesar que la propiedad característica de ambas substancias durará eternamente, salva siempre la unidad de persona¹⁶.

NOTAS

1. La semejanza e identidad, a veces, de concepción y lenguaje, entre la exposición lirinense de los misterios de la Trinidad y Encarnación y el símbolo *Quicumque*, salta a la vista. El ritmo de la frase es idéntico, con alguna ventaja, es verdad, a favor de la viveza característica de estilo del monje de Lerins. Véanse A. E. Burn, *The Athanasian Creed and its early commentaries. Texts and Studies*, ed. Armitage Robinson, vol. IV, n. 1, Cambridge, 1896, p. 48 s.; H. Brewer, *Das sog. Athanasianische Glaubensbekentnis ein Werk des hl. Ambrosius (Forschungen zur Lit. und Dogmengeschichte*, 9, 2), Paderborn, 1909, p. 32-44. Apoyándose en las palabras que se leen al fin del capítulo XVI: "Haec in excursu dicta sint, alias, si Deo placuerit, uberius tractanda et explicanda", han querido ver algunos en el mencionado símbolo una explicación posterior que realizara este propósito. Pero la exposición del *Commonitorio* es ya tres veces más extensa que el símbolo; ¿cómo se verá en él la vasta *explanación* ("uberius tractanda et explicanda") que proyectaba el Lirinense? Muchas veces, en realidad, ha sonado el nombre de Vicente de Lerins en la difícil cuestión de la paternidad del Símbolo, desde Antelmi, que fué el primero en ponerlo al pie de la célebre fórmula de fe Antelmi. *Nova de symbolo Athanasiano disquisitio*, París, 1693; del mismo parecer es G. D. W. Ommaney, *The Athanasian Creed, an examination of recent theories respecting its date and origin...* Londres, 1880. Pero son muchos los autores que salen favorecidos con analogías y paralelismos, además de Vicente de Lerins: Ambrosio, Cesáreo de Arlés, Fulgencio de Ruspe, Martín de Braga... por no nombrar sino los discutidos en nuestros días. Y ya no van los sufragios a las urnas del autor del *Commonitorio*. Véase la última biografía sobre este punto en Rauschen-Altaner, *Patrologie, zehnte und elfte Auflage*, Freiburg i. Br., 1931, p. 205; últimamente D. G. Morin, *L'origine du Symbole d'Athanase: témoignage inédit de S. Cesaire d'Alés*, Rev. Bén. 44 (1932), 205-219.

2. Es decir, *naturalezas*, como en Tertuliano: "Et adeo salva est utriusque proprietas substantiae, ut et spiritus res suas gerit in illo, id est, virtutes et opera et signa, et caro passiones suas uncta sit", *Adversus Praxeum*, 27, ed. F. Oehler, II, Leipzig, 1854, p. 692.

3. Es el mismo cargo que a Nestorio hace Casiano: "Ac vero hoc quartus est hic quem introducis... dum enim quartam in trinitate personam conaris inserere vides te totam trinitatem penitus denegasse", *De Incarnatione Domini contra Nestorium*, 1. Vi, 16, ed. petschenig, en CSEL, 17, 343.

4. "Ecclesia vero catholica et deo et de salvatore nostro recta sentiens nec in trinitatis mysterio nec in Christi incarnatione blasphemat. Nam et unam divinitatem in trinitatis plenitudine et trinitatis aequalitatem in una atque eadem maiestate veneratur, et unum Christum Iesum, non duos, eundemque deum pariter atque hominem confiteratur. Unam quidem in eo personam sed duas substantias, duas substantias sed unam credit esse personam. Duas substantias, quia mutabile non est verbum Dei, ut ipsum verteretur in carnem; unam personam, ne duos profitendo filios, quaternitatem videatur colere, non trinitatem."

5. En la traducción forzosamente se pierde la nitidez y concisión del original. "In Deo una substantia sed tres personae; in Christo dueae substantiae sed una persona. In trinitate alius atque alius, non aliud atque aliud; in salvatore aliud atque aliud, non alius atque alius."

6. La misma redacción en el símbolo "Quicunque": 'Alia est enim persona Patris, alia Filii, alia Spiritus Sancti.' K. Künstle, *Antiprisciliana*, Friburgo de Br. 1905, 232 s.; H. Denzinger, *Enchiridion Symbolorum...*, ed. 18-20, Friburgo de Br., 1932, n. 39-40.

7. "Quomodo in Trinitate alius atque alius, non aliud atque aliud? Quia, scilicet, alia est persona Patris alia Filii, alia Spiritus Sancti; sed tamen Patris et Filii et Spiritus Sancti non alia et alia sed una eademque natura. Quomodo in salvatore aliud atque aliud, non alius atque alius? Quia videlicet altera substantia divinatatis altera humanitatis; sed tamen deitas et humanitas non alter et alter, sed unus idemque Christus, unus idemque Filius Dei et unius eiusdemque Christi e Filii DEi una eademque persona; sicut in homine aliud caro et aliud anima, sed unus idemque homo anima et caro. In Petro vel Paulo aliud anima, aliud caro, nec tamen duo Petri caro et anima, aut alter Paulo anima et alter caro, sed unus idemque Petrus unus idemque Paulus, ex duplice diversaque subsistens animi corporisque natura." La comparación del cuerpo y del alma en el hombre para ilustrar la unión de las naturalezas en Cristo, hállase también en el símbolo "Quicunque": "Nam sicut anima rationalis et caro unus est homo, unus est Christus." Aunque no es del todo perfecta, es frecuente en los escritos de los Padres, aún después de haberse pervertido la analogía por el influjo de la herejía de Eutiques: cf. v. gr., Virgilio de Tapso, *Contra Eutychetem*, 1. V, 6, 14 L. 62, 138 B.

8. En el símbolo *Quicumque* : "Aequalis Patri, secundum divinitatem, minor Patre secundum humanitatem."

9. En el símbolo *Quicumque*: "Deus est ex substantia patris ante saecula genitus et homo est ex substantia matris in caeculo natus."

10. En el símbolo *Quicumque*: "Perfectus Deus, perfectus homo."

11. En el símbolo *Quicumque*: "Ex anima rationabili et humana carne subsistens."

12. "Ita igitur in uno eodemque Christo dueae substantiae sunt, sed una divina altera humana, una ex Patre Deo altera ex Matre Virgine, una coetera et aequalis Patri altera ex tempore et minor Patre, una consubstantialis Patri, altera consubstantialis Matri, unus tamen idemque Christus in utraque substantia. Non ergo alter Chris-

tus Deus alter homo, non alter increatus alter creatus, non alter impassibilis alter passibilis, non alter aequalis patri alter minor patre, non alter ex patre alter ex matre, sed unus idemque Christus Deus et homo, idem non creatus, idem incommutabilis et impassibilis, idem commutatus et passus, idem Patri et aequalis et minor, idem ex Patre ante saecula genitus, idem in saeculo ex Matre generatus: perfectus Deus, perfectus Homo; in Deo summa divinatis, in homine plena humanitas. Plena, inquam, humanitas, quippe quae animam simul habeat et carnem, sed carnem veram, nostram, maternam, animam vero intellectu praeditam, mente ac ratione pollentem.”

13. En el símbolo *Quicumque*: “Unus omnino non confusione substantiae sed unitate personae.”

14. Lo mismo atestigua San Hilario de Poitiers, quien, disputando con los arrianos, dice: “Verbum caro factum amiserat manere quod Verbum est... Ac ne Verbi virtus atque natura defecisse a se existimaretur in carnem, etc.”, *De Trinitate*, 1. X, 16 y 18, ML 10, 355 B, y 356 B.

15. Como en Tertuliano: “Et adeo salva est utriusque proprietas substantiae, ut et spiritus res suas egerit in illo, id est virtutes et opera et signa, et caro passiones suas functa sit”, *Adversus Praxeum*, 27 F. Oehler, II, Leipzig, 1854, p. 692. San León Magno: “Salva igitur proprietate utriusque naturae et substantiae et in unam coeunte personam”, *Epist. ad Flavianum*, III, ML 54, 763 A; ed. Schwartz, *Acta Conc. Oecum.*, vol. II, pars. prior, Berlín y Leipzig, 1932, p. 27. También en el símbolo de Calcedonia: αωζομενης... της ιδιοτητος εχατερας φυσεως J. D. Manis, *Sacrorum Conciliorum nova et amplissima collectio*, t. VII, Florencia, 1762, 116 C.

16. “Est ergo in Christo verbum anima caro, sed hoc totum unus est Christus, unus filius Dei, et unus salvator ac redemptor noster. Unus autem non corruptibili nescio qua divinitatis et humanitatis confusione, sed integra et singulari quadam unitate personae. Neque enim illa coniunctio alterum in alterum convertit atque mutavit, qui est error proprius Arrianorum, sed ita in unum potius utrumque compegit, ut manente semper in Christo singularitate unius eiusdemque personae, in aeternum quoque permaneat proprietas uniuscuiusque naturae, quo scilicet, nec unquam deus corpus esse incipiat, nec aliquando corpus, corpus esse desinat. Quod etiam humanae conditionis demonstratur exemplo. Neque enim in praesenti tantum sed in futuro quoque unusquisque hominum ex anima constabit et corpore, nec tamen unquam aut corpus in animam aut anima vertetur in corpus, sed unoquoque hominum sine fine victuro, in unoquoque hominum sine fine necessario utriusque substantiae differentia permanebit. Ita in Christo quoque utriusque substantiae sua cuique in aeternum proprietas, salva tamen personae unitate, retinenda est.”

XIV

(El Verbo tomó nuestra humanidad, no ficticiamente, sino real y verdaderamente)

Como ocurre en estas materias hablar del nombre de persona, y así decimos que Dios se hizo hombre en persona, muy de temer es no vayamos a afirmar que Dios, el Verbo, tomó nuestra manera de ser por la sola imitación de nuestros actos, y realizó todo aquello que lleva consigo la condición humana como hombre, no real, sino disfrazado. 2. Como acontece en el teatro, en el que uno representa en poco tiempo a muchas personas, sin ser ninguna de ellas en realidad¹. Porque siempre que se imitan los actos de otros, se realizan, sí, sus obras y acciones, pero los que representan no son los mismos a quienes se representa. Pues, por usar de un ejemplo de la vida profana (ya utilizado entre los Maniqueos), no porque un autor trágico represente a un sacerdote² o a un rey, es rey o sacerdote; la persona representada termina cuando termina el acto. 4. Pero lejos de nosotros este juego nefando y criminal. Quede esta demencia para los Maniqueos³, predicadores de la ilusión, que afirman que el Hijo de Dios, Dios también Él, no existió substancialmente como persona humana, sino que fingió serlo con su trato y actos ficticios⁴. 5. La fe católica, por el contrario, dice que el Verbo de Dios se hizo hombre, de suerte que tomó nuestra naturaleza, no fingida y falazmente, sino en realidad de verdad, y que lo que es propio de la condición humana no lo imitaba a como ajeno, sino que lo relacionaba como suyo, y que en toda verdad lo que hacía eso era, y era también aquél a quien representaba; como también nosotros mismos en lo que hablamos, vivimos y subsistimos no imitamos a los hombres, sino que lo somos. 6. Pues ni Pedro ni Juan, por

nombrar a éstos preferentemente, eran hombres en imitación, sino en la substancia. Ni Pablo, asimismo, simulaba al Apóstol o representaba a Pablo, sino que era apóstol y era substancialmente Pablo. 7. Del mismo modo, también Dios Verbo, al asumir y poseer la carne⁵, al hablar, obrar y padecer por medio de la carne, ciertamente sin corrupción alguna de su naturaleza, dignóse llevar a cabo todo esto no imitando o fingiendo un hombre perfecto, sino realizándolo de suerte que no solamente pareciera hombre verdadero y se le tuviera por tal, sino que lo fuese y como tal subsistiese. 8. Y así como el alma unida a la carne, pero no convertida en carne, no imita al hombre, sino que es el hombre, y el hombre no por simulación sino por sustancia, así también el Verbo Dios –sin transformación alguna de sí mismo, uniéndose al hombre, no fusionándose con él–, hízose hombre, no por imitación, sino en la substancia. 9. Fuera, por consiguiente, toda aquella manera de concebir la persona por ficción e imitación en la cual siempre una cosa se es y otra se finge, en la cual el que representa nunca es aquél a quien representa. 10. Lejos de nosotros el creer que de este modo falaz haya tomado Dios Verbo la persona del hombre; sino más bien de tal suerte que, permaneciendo inmutable su substancia, al tomar la naturaleza de un hombre perfecto en sí, él fuera ya carne, él hombre, él existiera ya como persona de hombre, no finalmente tal que cesara a una con la representación, si tal que permaneciera enteramente en su substancia⁶.

NOTAS

1. “Persona” en el latín clásico significaba *máscara de teatro*: “Personam tragcam forte vulpis viderat: O quanta species, inquit, cerebrum non habet!” Fedro, *Fábulas*, I, 1, ed. de J. B. Gail en *Bibliotheca classica latina*, vol. 52 (Fedro, D, París. 1826, p. 350-351). De ahí pasó a significar también, en sentido traslaticio, el carácter o tipo que el comediante representaba: “Partes Initatis et misericordiae... semper egi libenter: illam vero gravitatis severitatisque personam non appetivi”. Cicerón, *Pro Murena*, 3; ed. de N. L. Lemaire, en *Bibliotheca classica latina*, vol. 10 (Cicerón, III), París, 1828, p. 507.

2. Justiniano prohibió más tarde representar en la escena los personajes de monjes, etc. *Novella*, 123, 44; ed. Schoel-Kroll, Berlín, 1928, p. 624.

3. Los Maniqueos (Docetas) enseñaban que Cristo tuvo un cuerpo sólo aparente. Acerca de este error de los Maniqueos, véase San Epifanio, *Adv. Haer.*, 66, 49, MG 42, 104 C.; Ermoni, *Manés et le Manichéisme*, en *Revue des Questions historiques*, octubre, 1903, 337, ss., principalmente 349-350.

4. Tertuliano echa en cara a Marción un docetismo semejante: “Putativus habitus, putativus actus: imaginarius operator, imaginariae operae”, *Adversus Marcionem*, III, 8; ed. F. Oehler, II, 132.

5. En el símbolo *Quicumque*: “Non conversione Divinitatis in carne sed assumptione humanitatis in Deum.”

6. “Catholica vero fides ita verbum Dei hominem factum esse dicit, ut, quae nostra sunt, non fallaciter et adumbrate sed vere expresseque susciperet et, quae erant humana, non quasi aliena imitaretur sed potius ut sua gereret, et prorsus, quod agebat, hoc esset, quem agebat, is esset; sicut ipsi nos quoque in eo, quod loquimur, sapimus, vivimus, subsistimus, non imitamus homines sed sumus. Neque enim Petrus et Iohannes, ut eos potissimum nominem, imitando erant homines subsistendo. Neque item Paulus simulabit apostolum aut fingebat Paulum, sed erat apostolus et subsistebat Paulus. Ita etiam Deus Verbum adsumendo et habendo carnem, loquendo, faciendo, patiendo per carnem –sine ulla tamen suase corruptione naturae– hoc omnino praestare dignatus est, ut hominem perfectum non imitaretur aut fingeret, sed exhiberet, ut homo verus non videretur aut putaretur, sed esset atque subsisteret. Igitur sicut anima, connexa carni nec in carnem, tamen versa non imitatur hominem sed est homo, et homo non per simulationem uniendo sed per substantiam, ita etiam Verbum Deus –absque ulla sui conversione uniendo se homini non confundendo– non imitando factus est homo, sed subsistendo. Abiciatur ergo tota penitus personae illius intelligentia, quae fingendo imitatione sucipitur, ubi semper aliud est et aliud simulatur, ubi ille, qui agit, numquam is est, quem agit. Absit etenim, ut hoc fallaci modo Deus verbum personam hominis suscepisse credatur, sed ita potius, ut incommutabili sua manente substantia et in se perfecti hominis sucipiendo naturam ipse caro, ipse homo, ipse personam hominis existeret, non simulatoria sed vera, no imitativa sed substantiva, non denique, quae cum actione desisteret, sed quae prorsus in substantia permaneret.”

XV

(Unidad de persona en Cristo, ya desde su concepción en el vientre de María)

Ahora bien, esta unidad de persona en Cristo no se ajustó y se llevó a cabo en manera alguna después del parto de la Virgen, sino en el vientre de la Virgen. 2. Y hay que poner sumo cuidado en confesar a Cristo no simplemente uno, sino siempre uno¹; porque intolerable blasfemia es conceder, sí, que ahora es uno, mientras se pretende por otra parte que en algún tiempo no fue uno sino dos; esto es, uno pasado el tiempo del bautismo, y dos al tiempo de su nacimiento. 3. Sacrilegio éste incommensurable que en manera alguna podremos evitar si no es confesando que el hombre se unió a Dios y en unidad de persona, no desde el momento de la ascensión, o de la resurrección², o del bautismo, sino ya en su madre, ya en el seno materno, ya en la misma concepción virginal; por la cual unidad de persona, ya indistinta e indiferentemente lo que es propio de Dios se atribuye al hombre, y lo que es propio de la carne se atribuye a Dios³. 4. Así se explica lo que consigna la divina escritura, *que el hijo del hombre bajó del cielo*⁴ y *que el Señor de la majestad fue crucificado*⁵ en la tierra; así también, el que siendo la carne del Señor la que se hacía, la carne del Señor la que se creaba, se diga *hecho* al mismo *verbo* de Dios, cumplida la misma sabiduría de Dios⁶, su ciencia creada⁷ como en profecía se anuncian sus *manos* y sus *pies taladrados*⁸. 5. Por esta unidad de persona, finalmente, y en virtud de un misterio semejante, también resulta que al nacer la carne del verbo de la madre, sea catolicísimo⁹ el creer que el mismo Verbo nació de la Virgen, e impíissimo el negarlo¹⁰. 6. Siendo esto así, lejos de nosotros el despojar a Santa

María de los privilegios de la divina gracia y de su gloria especial. Porque gracias a un singular beneficio del Señor, Dios nuestro e Hijo suyo, ha de ser proclamada propiísima y gloriosísimamente θεοτοχος¹¹; y no θεοτοχος en ese sentido en que lo toma cierta impía herejía cuando dice que ha de llamársele madre de Dios sólo de palabra, porque, en efecto, dio a luz al hombre que después se hizo Dios, como se dice de la madre de un presbítero o madre de un obispo, no por haber ella dado a luz a un presbítero o a un obispo, sino por haber engendrado al hombre que después se hizo presbítero u obispo¹². No es así, repito, como es Santa María θεοτοχος sino, más bien, porque, como arriba se dijo, ya en su sagrado vientre se llevó a término aquel sacratísimo misterio, que por razón de una singular y única unidad de persona, como el Verbo en la carne es carne, así el hombre en Dios es Dios¹³.

NOTAS

1. Es lo que dice Casiano de los Nestorianos: “Nuper quoque, id est in diebus nostris, emersisse haeresim venenosam... Nova enim assertoribus, sed vetusta erroribus fuit. Solitarium quippe hominem dominum nostrum Iesum Christum natum esse blasphemans”. *De Incarnatione Domini contra Nestorium*, 1. I, 2; ed. M. Petschenig en CSEL, 17, 237-239.

2. “Addiderunt quoque dominum salvatoremque nostrum post baptismum factum esse Christum, post resurrectionem Deum, alterum adsignantes unctionis mysterio, alterum merito passionis”, Casiano, Ib., I, 3, p. 240.

3. Que es lo que en lenguaje teológico se llama *comunicación de idiomas*. Muy bien refuta en este punto a sus antiguos correligionarios Leporio, monje galo, convertido el año 420 del pelagianismo y nestorianismo por San Agustín: “Si ergo minime percipientes hanc potentiam Dei, sensu nostro et propria ratione sapientes, ne quasi inferiora se Deus agere videatur, ita hominem cum Deo natum esse dicamus, ut seorsum quae Dei sunt soli Deo demus et seorsum quae sunt hominis soli homini reputemus, quartam manifestissime inducimus in Trinitate personam et de uno filio Dei non unum sed facere incipiimus duos Christos... Ergo confitemur... sic omnia dicimus quae erant

Dei transiisse in hominem, ut omnia quae erant hominis in Deum venirent..." *Libellus emendationis*, 3, ML 31. 1224 AB. Acerca de la comunicación de idiomas, véase Tertuliano, *De Carne Christi*, V. y *Adversus Praxeam*, 29; S. León, *Epist. ad Flavianum* (28), 5; S. Agustín, finalmente, *Espit.*, 187, 9, que fija el lenguaje en esta materia para la posteridad.

4. *Iohan.*, 3, 13.
5. *I. Cor.*, 2, 8.
6. *Eccleci.*, 24, 35.
7. Ib. 1, 4; 24, 12.
8. *Psalm.*, 21, 17.

9. El proverbial catolicismo del Lirinense (cf. A. Jülicher, "Vincentius von Lerinnum", en *Realencyklopädie für protestantische Theologie und Kirche*, t. 20. Leipzig, 1908, p. 675, 50: "...dieses Catholicissimus von Lerin", le impulsa a usar de estos superlativos inusitados.

10. "Haec igitur in Christo personae unitas nequaquam post virginis partum sed in ipso virginis utero compacta atque perfecta est. Vehementer etenim praecavere debemus, ut Christum non modo unum sed etiam semper unum confiteamur, quia intolleranda blasphemia est, ut, etiamsi nunc eum unum esse concedas, aliquando tamen non unum sed duos fuisse contendas, unum scilicet post tempus baptismatis, duos vero sub tempore nativitatis. Quod inmensum sacrilegium non aliter profecto vitare poterimus, nisi unitum hominem Deo sed unitate personae, non ab adscensu vel resurrectione vel baptismo, sed iam in matre, iam in utero, iam denique in ipsa virginali conceptione fatemur; propter quam personae unitatem indifferenter atque promiscue et, quae dei sunt proprio, tribuantur homini, et, quae carnis propria, adscribantur deo. Inde est enim, quod divinitus scriptum est, et *filium hominis descendisse de caelo et dominum maiestatis crucifixum in terra*; inde etiam, ut carne domini facta, carne domini creata, ipsum *verbum dei factum*, ipsa sapientia dei impleta, scientia creata dicatur, sicut in praescientia *manus ipsius et pedes fossi* esse referuntur. Per hanc, inquam, personae unitatem illud quoque similis mysterii ratione perfectum est, ut, carne verbi ex integra matre nascente, ipse deus verbum natus ex virgine catholicissime creditur, impiissime denegetur."

11. El título Θεοτόχος proviene de la escuela de Alejandría; sobre su antigüedad, cf. Schweitzer, *Alter des Titels, Θεοτόχος* *Der Katholik*, 1903, I, 97-113.

12. Alusión manifiesta a Nestorio. El cual, en uno de sus sermones, que en traducción latina nos ha conservado Mario Mercator, decía: "Nunc evidentiore sermone summa voce proclamo quoniam saancta Virgo e Dei est et hominis genetrix, id est, et Θεοτόχος et ανθρωποτόχος, genetrixquidem Dei propter quod templum quod in ea craeatum est ab Spiritu Sancto, unitum est deitati, hominis vero genetrix propter susceptas a Deo divinitatis nostrae naturae primitias"; en Ed. Schwartz, *Acta Conciliorum Oecumenicorum...*, t. I, v. 5, parte prima, pág. 46, 15-18 (*Collectio palatina*).

13. “Quae cum ita sint, absit, ut quisquam sanctam Mariam divinae gratiae privilegiis et speciali gloria fraudare conetur. Est enim singulari quodam domini ac dei nostri filii autem sui munere verissime ac beatissime theotocos confitenda, sed non eo modo theotocos quo impia quaedam haeresis suspicatur, quae adserit eam dei matrem sola adpellatione dicendam, quod eum scilicet peperit hominem qui postea factus est deus, sicut dicimus presbyteri matrem aut episcopi matrem non iam presbyterum aut episcopum pariendo sed eum generando hominem, qui postea presbyter vel episcopus factus est. Non ita, inquam, sancta Maria theotocos, sed ideo potius, quoniam, ut supra dictum est, iam in eius sacrato utero sacrosanctum illud mysterium perpetratum est, quod propter singularem quandam atque unicam personae unitatem, sicut verbum in carne caro, ita homo in deo deus est.”

XVI

(Recapitulación de las herejías y de la doctrina católica, anteriormente expuestas)

Resumamos ahora, para refrescar la memoria ¹, en forma más resstringida, cuanto brevemente llevamos dicho de las herejías arriba mencionadas y de la fe católica; así se entenderá más ampliamente al repetirlo, y se fijará más tenazmente al inculcarlo. 2. Anatema, pues, a Fotino, que no admite la plenitud de la Trinidad y que predica a Cristo puro hombre nada más. Anatema a Apolinar, que afirma en Cristo la corrupción de la divinidad. Anatema a Nestorio, que niega haya nacido Dios de la Virgen, que proclama dos Cristos, y, destruida la fe de la Trinidad, nos introduce una cuaternidad. 3. Bienaventurada, en cambio, la Iglesia Católica, que venera a un Dios en la plenitud de la Trinidad y asimismo la igualdad de la Trinidad en un divinidad, de suerte que ni la singularidad de la substancia confunda la propiedad de las personas, ni tampoco la distinción de la Trinidad divida la unidad de la divinidad. 4. Bienaventurada, digo, la Iglesia, que cree que en Cristo hay dos verdaderas y perfectas substancias ², pero una sola persona; para que ni la distinción de naturaleza divida la unidad de la persona, ni tampoco la unidad de la persona borre la diferencia de substancias. 5. Bienaventurada, de nuevo, la Iglesia, que, para proclamar que no hay ni ha habido jamás más que un sólo Cristo, confiesa que el hombre se unió a Cristo no después del parto, sino ya en el mismo vientre de su madre. 6. Bienaventurada, otra vez la Iglesia, que concibe a Dios hecho hombre, no por transformación de la naturaleza, sino por unión de persona, y de persona no ficticia y pasajera, sino substancial y permanente. 7. Bienaventurada, sí, la Igle-

sia que enseña que esta unidad es tan eficaz que en virtud de ella, por admirable e inefable misterio, atribuye al hombre las cosas divinas y a Dios las humanas; ya que por ella no se arredra en confesar que el hombre ha sido creado, padeció y fue crucificado por ella, finalmente, proclama al hombre hijo de Dios y a Dios hijo de la Virgen. 8. Bienaventurada, por lo tanto, y digna de toda veneración, bendita y sacrosanta y en todo comparable al himno angélico de alabanzas³ es esta profesión de fe que glorifica a un único Señor Dios en trina santificación; pues por eso inculca tanto la unidad de Cristo para no sobrepasar los justos límites del misterio de la Trinidad⁴. 9. Y dicho sea todo esto por vía de digresión, con el intento de tratarlo y desarrollarlo, si Dios quiere, en otra oportunidad⁵. Ahora volvamos a nuestro propósito.

NOTAS

1. Recuérdese lo dicho anteriormente, sobre las alusiones del Lirinense a la flaqueza de su memoria.

2. En el sentido de *naturalezas*, como se notó arriba. Uso frecuente en las Galias: Fausto de Riez, *eD Spiritu Sancto*, I, 4, 5, y San Hilario de Poitiers, *De Synodis*, 12.

3. “*Supernae illi angelorum laudationi.*” Probablemente una alusión al “*Sanctus*”; cf. A. E. Burn, *an introduction to the Creeds and to the Te Deum*, Londres, 1899, 258’ R. S. Moxon, *The Commonitorium...*, p. 65, 14.

4. “*Beata vero catholica Ecclesia, quae unum Deum in trinitatis plenitudine et item trinitatis aequalitatem in una divinitate veneratur, ut neque singularitas substantiae personarum confundat proprietatem, neque item trinitatis distinctio unitatem separet deitatis. Beata, inquam, Ecclesia quae in Christo duas veras perfectasque substancialias sed unam Christi credit esse personam, ut neque naturarum distinctio unitatem personae dividat, neque item personae unitas differentiam confundat substancialium. Beata, inquam, Ecclesia, quae, ut unum semper Christum et esse et fuisse fateatur, unitum hominem Deo non post partum sed iam ipso utero confitetur. Beata, inquam, ecclesia, quae deum factum hominem non conversione naturae sed personae ratione intelligit, personae autem non simulatoriae et transeuntis sed substantivae ac permanentis. Beata, inquam, ecclesia, quae hanc personae unitatem tantam vim habere praeedicat, ut propter eam miro ineffabilique mysterio et divina homini et deo adscribat humana; nam propter eam et hominem de coelo secundum deum descendisse non abnegat et deum secundum hominem credit in terra factum passum et crucifixum; propter eam denique et hominem dei filium et deum filium virginis confitetur. Beata igitur ac veneranda, benedicta et sacrosancta et omnino supernae illi angelorum laudationi comparanda confessio, quae unum dominum deum trina sanctificatione glorificat; idcirco etenim vel maxime unitatem Christi praedicat, ne mysterium trinitatis excedat.”*

5. Los *Excerpta* realizan esta promesa del Lirinense.

XVII

(Los errores de Orígenes, otro ejemplo de escándalo en la Iglesia)

Decíamos, pues, más arriba¹ que en la Iglesia de Dios era una tentación para el pueblo el error del maestro, y una tentación tanto más grave cuanto más docto era el que erraba. Y lo comprobábamos en primer lugar con la autoridad de la Escritura, y después con ejemplos de la historia eclesiástica, esto es, con el recuerdo de aquellos personajes que, habiendo sido tenidos por algún tiempo como de sana doctrina, al fin a la postre cayeron en una secta extraña o ellos mismos fundaron su herejía. 2. Asunto, en verdad, de gran trascendencia, de muy útiles enseñanzas y muy digno de ser recordado, que una y otra vez debemos inculcar e ilustrar acumulando ejemplos, para que todos los católicos de veras aprendan a escuchar a los doctores con la Iglesia, no a desertar de la fe de la Iglesia con los doctores².

3. Pero entre los muchos ejemplos que en este género de tentación pudiéramos aducir, ninguno creo que pueda compararse al de Orígenes³, por el escándalo que causó. Poseía un conjunto de cualidades tan preclaras, tan singulares, tan admirables, que cualquiera se sentía arrastrado a dar fe a todas sus afirmaciones ya desde el primer momento. 4. Pues si el género de vida confiere autoridad, grande fue su celo, grande su castidad⁴, su paciencia, su fortaleza⁵. Si el linaje o erudición, qué mayor nobleza que la de quien nació en una casa esclarecida por el martirio⁶, y despojado más tarde en servicio de Cristo, de su padre y de toda su hacienda⁷, tanto aprendió entre las estrecheces de la santa pobreza que más de una vez le tocó sufrir, según es fama, por confesar a Cristo⁸. 5. Ni era solamente todo esto lo que después había de agravar la tentación; fue tal su fuerza de ingenio, tal su profundidad, tal su sutileza, tal su elegancia, que a

todos superaba con inmensa ventaja; tan portentosa la amplitud de su doctrina y erudición de todo género, que pocos puntos había de la filosofía divina, ninguno tal vez de la humana, que no los poseyera por entero ⁶; cuyo saber, habiendo agotado el caudal de ciencias griegas, se internó también por el de las hebreas ¹⁰. Y ¿a qué recordar su elocuencia, si su decir era tan ameno, tan lácteo, tan dulce, que mieles más que palabras parecían brotar de su boca? ¿Qué cosas hubo tan difíciles de persuadir que él no iluminara con la fuerza de su discurso, qué cosas tan irrealizables que no tornara en asequibles de todo punto? 7. Y no se diga que tejío la trama de sus exposiciones con sólo una dialéctica de argumentaciones. Ahora bien, no hubo jamás maestro que hiciera uso de tantos ejemplos de la ley divina. Pero, ¿tal vez fue poco lo que escribió? Nadie le igualó entre los mortales ¹¹; de tal suerte que no ya leer sus obras todas, pero ni dar con ellas creo que sea posible; y porque nada le faltara de lo necesario para la ciencia, hasta disfrutó de una colmada longevidad ¹². 8. Mas, ¿acaso sería poco afortunado en sus discípulos? ¿Quién más afortunado que él? De su seno salieron innumerables doctores ¹³, innumerables sacerdotes, confesores y mártires ¹⁴. 9. Y ¡quién pudiera ponderar cuán grande fue en todos su admiración para con él, cuán grande la celebridad, cuánto el ascendiente de que gozaba! ¿Qué hombre hubo un tanto piadoso que no volara a él desde los más remotos confines del universo? ¹⁵ ¿Quién de entre los cristianos no le tuvo casi como un profeta, y quién de entre los filósofos no le veneró como a maestro? 10. Qué reverencia hallara no sólo entre los particulares, sino aún en la corte misma del Emperador lo atestigua la Historia; cuéntase, en efecto, que la madre del Emperador Alejandro lo mandó llamar, y no por otra causa sino por la sabiduría celestial, en la cual era él tan altamente reputado, y que ella deseaba con ardor ¹⁶. El mismo testimonio se sacaba de la carta que el mismo Orígenes escribió con la autoridad de un maestro cristiano al Emperador Filipo, que fue el primer príncipe romano que abrazó el Cristianismo ¹⁷. 11. Y si alguien recusara nuestro testimonio como venido al fin de mano cristiana, acerca de su ciencia, increíble en cierto modo, acepte al fin el testimonio gentil de boca de los filósofos. Así, el impío aquel, Porfirio, refiere que, casi niño todavía, atraído por su fama, se dirigió a Alejandría, y allí le vio, anciano ya, pero rodeado de tanta gloria y celebridad, como quien había escalado el alcázar del saber universal ¹⁸.

12. Corto me sería el día si fuera a desflorar siquiera en su

mayor parte las excelencias que se dieron en aquel varón¹⁹, las cuales todas, sin embargo, no sólo contribuían a la gloria de la religión, sino también a la magnitud del escándalo. Porque ¿cuántos pudieron citarse en definitiva que estuvieran dispuestos a desprenderse con facilidad de un varón de tal ingenio, de tal condición, de tal ascendiente, y no se guiaran más bien por aquella máxima: más vale equivocarse con Orígenes que estar en lo cierto con otros?²⁰ ¿Y a qué seguir? A tal estado llegaron las cosas que la tentación provocada por una persona tan eminente, por un doctor tan esclarecido por un profesor tan venerado, no fue simplemente *humana* (Cfr. I. Cor., 10, 13), sino, como lo demostró el resultado, *tentación* (Deut., 13, 1-3) singularísimamente peligrosa, que apartó a muchos de la integridad de la fe.

Por esta razón, este mismo Orígenes, tan grande y célebre, al abusar insolentemente de la gracia de Dios, al condescender demasiado con su propio ingenio y fíarse excesivamente de sí mismo, al tener en poco la antigua simplicidad de la religión cristiana, al presumir que sabía más que los demás, al interpretar ciertos capítulos de las Escrituras de una manera nueva despreciando las tradiciones de la Iglesia y las enseñanzas de los mayores, mereció que también de él se dijera a la Iglesia: *Si surgiese en medio de ti un profeta, y después: no darás oídos a las palabras de aquél profeta: y también porque os prueba el Señor, vuestro Dios, para que se vea si le amáis o no* (Deut., 13, 1-3).

Verdaderamente fue un escándalo, una gran tentación, que la Iglesia que se había entregado a él, que se apoyaba en él por la admiración de su ingenio, de su saber, de su elocuencia, de su vida y de su prestigio, que nada sospechaba de él ni temía nada, de repente fuese conducida poco a poco e insensiblemente de la religión antigua a la impiedad nueva²¹.

Pero dirá alguno que los libros de Orígenes están interpolados²². No lo niego; más aún, me parece lo más probable, ya que así se ha afirmado y escrito no sólo por los católicos, sino también por los herejes. Sólo hemos de advertir una cosa, que, si no él mismo, al menos los libros publicados con sus nombres son una grave tentación, ya que, plagados de blasfemias mortíferas, son leídos y amados como tuyos, no como ajenos, de forma que, aunque no fue la mente de Orígenes la que concibió el error, si parece, sin embargo, que la autoridad de Orígenes vale para persuadir el error.

NOTAS

1. Cerrado el paréntesis de la digresión, vuelve a su propósito que había quedado interrumpido en el cap. X, 8.
2. "... ut omnes vere catholici noverint, se cum ecclesiae doctores recipere, non cum doctoribus ecclesiac fidem deserere debere."
3. sobre la personalidad científica de Orígenes, véase S. Jerónimo, *de viris illustribus*, LIV, ed., E. C. Richardson, TU, 14, 32-33. O. Bardenhewer, *Gesch. der altk. Lit.* II 2, Friburgo de Br., 1914, 96-194. G. Bardy, *Origène*, en DTC, t. XI, París, 1932, col. 1489-1565.
4. Llamado por su tesón en el trabajo Ἀδαμαντίος, "de acero", Eusebio, HE, VI 14, 10; Ed. Schwartz, Eus., 2. p. 522; cf. S. Jerónimo, *De viris illustribus..*, 32; cf. O. Bardenhewer II, 2, p. 106.
5. El mismo desaprobó más tarde lo que, llevado de su celo indiscreto, realizó en sí mismo, interpretando a la letra el pasaje de San Mateo, XIX, 12; cf. *Comm. in Math.*, comentario al versículo citado.
6. Su padre Leónidas pereció en la persecución de Septimio Severo, hacia 202-203.
7. Confiscados todos sus bienes después de la muerte de su padre, tuvo que atender, a la edad de diecisiete años, a las necesidades de su madre y de sus hermanos, menores que él; cf. Eusebio, H, VI, 2, 12-15, Schwartz, Eus., 2, 522-524.
8. Sufrió la prisión y diversos géneros de tormentos en la persecución de Decio. Murió poco después; cf. Eusebio, H, VI, 39, 5; VII, 1, Ed. Schwartz, *Eus.*, 2, 594-596 y 636.
9. Acerca de su saber enciclopédico, cf. A. y M. Croiset, *Histoire de la Littérature grecque*, t. V, París, 1928, p. 848-856.
10. El Lirinense se admira del hecho, como lo había hecho antes San Jerónimo: "Ut etiam Hebraeam linguam, contra aetatis gentis suae naturam ediscret". *De viris illustribus*, LIX, 32-33, cf. Eus., He., VI, 16, 1, Schwartz, Eus., 2, 552. aunque su conocimiento del hebreo no debió de ser muy profundo; cf. O. Banderhewer, p. 115-116; él mismo se expresa en sus homilías de este modo: "Ut aiunt qui hebreas nomina interpretantur", *Hom. in Gen.*, 12, 4; ed. W. A. Baehrens GC Sch., *Orígenes*, 6, Leipzig, 1920, 110; "Aiunt ergo qui hebreas litteras legunt", *Hom. in Num*, 14, 1, ed. Ib., 1921, 121.
11. De él dice San Jerónimo: "Mille eo amplius tractatus, quos in ecclesia locutus est, edidit; innumerabiles praeterea comentarios, quos ipse appellat tomos et quos nunc praetereo, ne videar operum eius indicem texere. Quis nostrum tanta potest legere, quanta ille conscrip'sit?" Epist. LXXXIV, 8; ed. J. Hilberg, CSEL, 55, 130-131. Acerca del catálogo de sus obras, cf. Eusebio, HE, VI, 32, ed. E. Schwartz en GCS. Eusebius 2, 586-588, y O. Bardenhewer, *Gesch*, II, 2, 1914, 36-98.
12. Murió a los setenta años no cumplidos, dice Eusebio, HE, VII, 1, Schwartz, p. 636.
13. Tales fueron San Gregorio Taumaturgo, Dionisio de Alejandría, Teognosto, Pierio, Firmiliano obispo de Cesarea, etc.
14. Como Plutarco, Sereno, Heráclides, Heron, etc., cf. E. Klüpfel, p. 183, 9.
15. Lo mismo atestigua Eusebio, HE, VI, 30, Schwartz, p. 584.

16. Véase también Eusebio, HE, VI, 21, 3-4, Schwartz, p. 568; cf. Bardenhewer, p. 108-109.

17. También lo atestigua Eusebio, HE, VI, 36, 3. Sobre el cristianismo de este Emperador. Eusebio, HE, VI, 34; Schwartz, p. 588-590; cf. P. Allard. *Historie des persécutions pendant la première moitié, Ille siècle*, ed. 3, 1905, p. 233.

18. Como prueba de la admiración de Porfirio por Orígenes, véase el fragmento de aquel, que reproduce Eusebio, HE, VI, 19, 4-8. Schwartz, 558-560, con los correctivos que le añade el historiador de Cesarea.

19. Sobre ellas véase A. Harnack, *Gesch. d. Altchr.*, Lit. II, Leipzig, 1904, p. 26-54.

20. Reminiscencia de Cicerón: "Errare mehercule malo cum Platone... quam cum istis vera sentire." *Tusc.* I, 17, 39 ed. de M. N. Bouillet, *Bibliotheca classica latina*, vol. 16 (*ciceronis*, 3), París, 1830, p. 6.

21. Entre los errores de Orígenes se encuentra la preexistencia de las almas y la negación de la eternidad del infierno.

22. Ya el mismo Orígenes se quejaba de ello (cfr. PG. 17, 625 A).

XVIII

(*Ejemplo de Tertuliano*)

Idéntico es también el caso de Tertuliano¹. Como aquél (Orígenes) entre los griegos, así este es, sin disputa, el príncipe de todos nuestros autores entre los latinos. ¿Quién más docto que este varón, quien más versado en las cosas humanas y divinas? Abarcó con admirable capacidad de inteligencia toda la filosofía y todas las sectas de los filósofos, los fundadores de las escuelas y seguidores, y todas su enseñanzas, y toda la diversidad de historias y de estudios.

Pues, ¿no sobresalió tanto por el vigor y la vehemencia de su ingenio que cuanto se proponía impugnar o lo asaltaba con su agudeza, o lo aplastaba con la mole de su saber?. Y ¿quién podría hacer cumplido elogio de su decir? Estaba entretejido con tanto y tal rigor lógico que forzaba a adherirse a él a aquellos mismos a quienes no lograba persuadir. Había en él casi tantas sentencias como palabras; tantas victorias como pensamientos¹. Bien conocen esto los Marción², Apeles³, Práxeas⁴, Hermógenes⁵, los Judíos, los Gentiles, y los demás cuyas blasfemias destrozó, como con tantos otros rayos, con las descargas innumerables y poderosas de sus libros.

Y sin embargo, después de todo esto, también este Tertuliano, poco constante en el dogma católico, esto es, en la fe universal y antigua⁶, mucho más elocuente que acetado, cambiando de parecer, vino a dar al fin de sus días en lo que el bienaventurado confesor Hilario escribe en alguna parte refiriéndose a él: «Con el error postreiro quitó autoridad a sus escritos»⁷; y llegó a ser también una gran tentación para la Iglesia.

Y no quiero añadir más sobre este asunto. Sólo recordaré que al asegurar que eran verdaderas profecías los nuevos delirios de Monta-

no⁸, que surgirán entonces en la Iglesia contra el precepto de Moisés, y los destinados sueños de un nuevo dogma de desatinadas mujeres⁹. mereció que se dijese también de él y de sus escritos: *Si surgiere en medio de ti un profeta, y después: no darás oídos a las palabras de aquel profeta; ¿por qué? Porque os prueba el Señor, vuestro Dios, si le amáis o no* (Deut., 13, 1-3).

NOTAS

1. Tertuliano nace en Cartago hacia el año 160. Convertido al cristianismo hacia el 195, en Roma, donde ejercía la abogacía, vuelve a su ciudad natal. Muy versado en la ciencia jurídica y en la retórica, desarrolla una intensa actividad literaria que abarca desde escritos ascéticos hasta escritos apologéticos y antitheréticos. Su carácter austero y exaltado le lleva a separarse de la Iglesia hacia el año 207 e ingresar en la secta montanista de la que llega a ser la principal figura. Muere a edad muy avanzada, probablemente, después del año 220 (cfr. PAUL MONCEAUX, *Histoire Littéraire de l'Afrique chrétienne*, I, París, 1901).

2. De él dice también San Agustín: «...Tertulliano cuius multa leguntur opuscula eloquentissime scripta...» (*De haeresibus*, 86, PL 42, 46).

3. Marción excomulgado por su propio padre, obispo de Sínope, llega a Roma hacia el año 139. De gran genio organizativo, dio consistencia a su secta, que algunos autores encuadran dentro de las corrientes gnósticas. Marción rechaza el Antiguo Testamento, opone al Dios creador –a quien concibe cruel y enojado–, el Dios del Nuevo Testamento, Dios de amor manifestado en Cristo, y niega que Cristo tuviese un cuerpo real. Tertuliano le dedicó sus cinco libros *Adversus Marcionem*. Cfr. Eusebio, *Historia Eclesiástica*, IV, 11, 1-9).

4. Práxeas promovió la condena de Montano, pero, a su vez, difundió por Italia y África el error monarquianista de Noeto de Esmirna. Para Práxeas, el Padre y el Hijo no son dos personas distintas, sino que constituyen sólo nombres de los diversos modos en que Dios se ha manifestado. Tertuliano le refuta vigorosamente en su *Adversus Praexeam*.

5. La principal fuente para conocer a Hermógenes es el *Adversus sus Hermogenem* de Tertuliano. Hermógenes era pintor en Cartago y pertenecía a la secta gnóstica de Valentín.

6. Tertuliano, a pesar de haber defendido con tanta claridad y fuerza en el *De praescriptione haereticorum* que la Iglesia es la única legítima depositaria de la Doctrina de la Fe y que la tradición apostólica debe guiar la interpretación de la Sagrada Escritura, se dejó llevar más tarde por las divisiones de Montano que anunciaaba una nueva Iglesia.

7. El texto de San Hilario dice lo siguiente: «...consequens error hominis detraxit scriptis probabilibus auctoritatem» (*Commentarius in Mattheum*, 5, 1, PL 9, 943). De igual forma se manifiesta San Jerónimo: «De Tertulliano quidem nihil amplius dico, quam Ecclesiae hominem non fuisse» (*De perpetua virginitate Beatae Mariae*, 17 PL 23, 201).

8. Montano aparece en Frigia hacia el año 172 (cfr. Eusebio, *Historia Eclesiástica*, V, 16, 19), presentándose como profeta y reformador, con la pretensión de ser órgano del Espíritu Santo para conducir el cristianismo hacia una mayor pureza. Se le unen dos mujeres –Priscila y Maximila–, que pronuncian profecías en medio de éxtasis. Para Montano, la segunda venida del Señor es inminente. Pregonaba un rigorismo extremo, negaba que la Iglesia tuviese poder para perdonar todos los pecados, y prohibía las nupcias. La secta parecía próxima a extinguirse, cuando Tertuliano se une a ella entre los años 205-206, dándole un giro y vitalidad nuevos: niega a la mujer el papel preponderante que había tenido en las reuniones montanistas, y sólo prohíbe la huída en la persecución y las segundas nupcias.

9. Se refiere, evidentemente, a Priscila y Maximila, que acompañaban a Montano y a los histéricos raptos en que pronunciaban sus profecías.

XIX

(Breve conclusión)

Con el peso de tantos y tales ejemplos y de otros muchos de este género que nos ofrece la historia eclesiástica, debemos advertir con evidencia y entender con claridad más meridiana conforme a la leyes del Deuteronomio que si alguna vez algún maestro eclesiástico se apartase de la fe, la Divina Providencia permite que suceda para probar *si amamos a Dios, o no, con todo el corazón y con toda nuestra alma* (Deut., 13,3).

(Quién es verdaderamente y genuinamente Católico)

Así pues, es verdadera y genuinamente católico aquél que ama la verdad de Dios, la Iglesia el *cuerpo de Cristo* (cfr., Efes., 1,23), que nada antepone a la religión divina, a la fe católica ni la autoridad de un hombre –cualkiera que éste sea–, ni su amistad ni su ingenio, ni su elocuencia, ni su filosofía, sino que despreciando todas estas cosas, firme en la fe, permaneciendo inquebrantable, está decidido a mantener y creer sólo aquello que conoce haber mantenido la Iglesia católica universalmente y desde toda la antigüedad; y entiende que todo cuanto nuevo e inaudito sintiese que ha sido introducido después por alguien fuera o contra todos los santos¹, esto no pertenece a la religión, sino más bien a la tentación, aleccionado por las palabras del bienaventurado Apóstol Pablo.

Esto es lo que escribe en su primera carta a los corintios: *Es menester que existan hasta herejías, para que se pongan de manifiesto quiénes de entre vosotros son de virtud probada,* (I Cor., 11,19), como si dijera: Dios no extirpa inmediatamente a los autores de las herejías por esta razón: *para que se pongan de manifiesto los de virtud probada*, esto es, para que se demuestre cuán tenaz, fiel e inquebrantable es cada uno en el amor a la fe católica.

Y, en verdad apenas comienza a bullir una novedad cualquiera, inmediatamente se discierne el peso del trigo de la liviandad de la paja¹; sin gran esfuerzo se arroja de la era lo que sin ningún peso se sostenía en la era. Así, a unos se los lleva deseguida el viento; otros, en cambio, sacudidos solamente, heridos, medio muertos y medio vivos ya que han bebido una cantidad de veneno que ni les mata del todo ni puede ser digerido, los lleva a la muerte ni les permite la vida, temen perecer, se avergüenzan de retornar. ¡Qué miserable estado! ¡Cuántas preocupaciones angustiosas, cuántos torbellinos los agitan! Tan pronto son arrebatados por el error adonde les lleva el viento; tan pronto, vueltos contra si mismos, entrechocan como olas contrarias; tan pronto aprueban con temeraria presunción incluso las cosas que parecen inciertas, como se horrorizan de admitir con miedo irracional incluso lo que es evidente; sin saber a donde ir, ni por donde volver, ni qué apetecer ni qué evitar; ni qué aceptar ni qué rechazar. Este tormento de su corazón, incierto y penosamente inquieto, es

medicina –si saben tomarla– de la divina misericordia para con ellos. Por eso, en efecto, fuera del puerto segurísimo de la fe católica, se ven sacudidos, azotados, casi destrozados por las diversas tempestades de los pensamientos: para que amainen las velas de su mente hinchadas, lanzadas a lo alto, que con mal acuerdo habían desplegado a los vientos de las novedades, y se acojan y moren en el fidelísimo puerto de su serena y buena madre, vomiten primero aquellas amargas y turbulentas olas de errores, para que puedan beber después los manantiales del *agua viva y bullidora* (cfr., Jn. 4, 10-14)². Después aprendan acetadamente lo que desacertadamente aprendieron, y entiendan de todo el dogma de la Iglesia católica lo que puede captar el entendimiento; lo que no puede captar, créanlo³.

NOTAS

1. *Praeter omnes vel contra omnes sanctos. ¿Qué amplitud tiene en este pasaje la palabra santos?* San Vicente la emplea a veces para designar a todos los cristianos en clara reminiscencia paulina (cfr. p. e., I Cor., 14, 33). Así lo hace, p. e., en el capítulo 2) in manus sanctroum devenerit), y en el capítulo 4 (oppleta sanctis ergastula. carceres, metalla). Otras veces usa el término *santos* para referirse a personas eminentes en santidad. Así sucede, p. e., en el capítulo 24 (omnes omnium aetatum fideles, omnes sancti, omnes casti, continentes, virgines), y en el capítulo 28 (quamvis ille sanctus et doctus, quamvis episcopus). Parece que en este lugar hemos de entender el término *santos* como referido a todos los cristianos, precisamente por permanecer firmes en la fe. En el capítulo 28, el Lirinense, tras citar I Cor., 14, 33. («...y en todas las Iglesias de los santos»), comenta: «esto es, de los católicos, que son santas porque permanecen en la comunión de la fe».

1. La misma metáfora ha sido usada frecuentemente por Tertulliano, bien para referirse a lo que acontece en la persecución (cfr. *De fuga in persecutione*, 1, PL 2, 103), o con la misma herejía (cfr. *De praescriptione haereticorum*, 3, PL 2, 15).

3. La imagen del agua viva y bullidora es usada con frecuencia en la Sagrada Escritura (cfr. p. e., Jeremías, 2, 13; 17, 13), para referirse a la pureza de la religión en oposición a la idolatría, comparada tantas veces a las cisternas rotas y llenas de aguas podridas.

4. *Quod intellectu capi potest, capiant; quod non potest, credant.* Este pensamiento es frecuentísimo en los Santos Padres. Así, San Hilario: «Ut tantum eum esse intellegerer, quantus et intelligi non potest, et potest credi» (*De Trinitate*, 1, 8, PL 10, 31). Y San Agustín: «Quod si intellectu capi non potest, fide teneatur» (*De Trinitate*, 8, 6, PL 42, 946). «Quomodo istud creditur? Quomodo capitur? Ad haec duo respondes: Quomodo capitur, recte dicis: quomodo creditur, non recte dicis. Immo, ideo bene creditur, quia non cito capitur: nam si cito caperetur, non opus erat ut creditur, quia videretur. Ideo credis quia non capis: sed credendo fis idoneus ut capias» (*In Johannem*, 8, 15, PL 35, 1.667)